



# JACK Y LAS HABICHUELAS MAGICAS

Nº8



EDICIONES  
Universidad  
Valladolid

Con la colaboración de



# JACK Y LAS HABICHUELAS ★ MAGICAS ★

Nº8

Érase una vez un joven llamado Jack que vivía con su padre en una pequeña granja próxima a la montaña. 'Jackie', así le llamaban su familia y amigos, era un chico con muchas aficiones, y no especialmente comunes para alguien de su edad. Mientras sus amigos jugaban a la Play y se pasaban el día viendo la televisión y en TikTok, él no tenía nada de eso. Desde que su padre se había quedado sin trabajo, vendieron poco a poco todas las cosas de valor para ganar algo de dinero. Por ello, había desarrollado otras aficiones que siempre le habían atraído, como su gusto por la agricultura -siempre buscaba fórmulas para mejorar las cosechas- y, especialmente, la arqueología. Se pasaba gran parte de su tiempo leyendo libros sobre antiguas civilizaciones y soñando con descubrir excepcionales tesoros escondidos.

*Siempre llevaba consigo una mochila llena de modestas herramientas de excavación por si surgía la oportunidad, como un pequeño pico, una paleta, un cepillo de cerdas<sup>1</sup> suaves, unas bolsas de plástico etiquetadas para almacenar los objetos que se encontraba, una lupa y un cuaderno con un lápiz para registrar la información.*



---

1. Las cerdas son las hebras de un cepillo.

Eso sí, Jack parecía vivir en las nubes, como si pudiera alcanzarlas algún día, y eso a su padre le sacaba un poco de quicio, más viendo en la situación económica tan difícil en la que se encontraban. Un día, su padre le pidió que vendiera en el mercado la única vaca que les quedaba en la granja, para poder ganar unas monedas, y así comprar comida y pagar las deudas que les asfixiaban. Jack cogió a su vaquita Candelera, la mejor de toda la pradera, y se dirigió a atravesar el campo para llegar hasta el mercadillo. En su camino, tropezó con una extraña marca en el suelo. Se detuvo para examinarla y se dio cuenta de que parecía una antigua inscripción de una civilización perdida.



*En ese momento, preparó su equipo y excavó para recoger las posibles muestras; posteriormente, examinó los objetos encontrados con la lupa para clasificarlos; los registró y tomó notas sobre ellos; y, por último, los guardó en las bolsas para transportarlos. Lo que se encontró parecían restos de un antiguo templo romano, sobre todo con partes de vasijas y estatuas.* Lo que más le intrigaba era un extraño cajón de madera tallado con extraños símbolos que parecían indicar una ruta... ¡hacia el cielo! Dentro de él se encontraban unas habichuelas, que por la pinta que tenían, parecían estar revenidas no, lo siguiente.

Sin saber qué hacer con ellas, Jack decidió regresar a casa junto a su vaca y contarle aquel descubrimiento a su padre. Cuando este le vio aparecer de nuevo con su vaquita Candelera, y su leche de primera, se dio por vencido con el muchacho. “¿Cómo no has podido ir al mercado a vender a la vaca? Con las penurias que estamos pasando”, le recriminó a Jack. Esa noche, por supuesto, no hubo cena. Ya no había comida que llevarse a la boca. Antes de irse a la cama, el chico salió con una linterna a las vacías tierras de enfrente de su casa, y que llevaban meses sin cultivarse por su falta de dinero. “Al menos, intentaré plantar estas malditas habichuelas que tantos problemas me han causado”, pensó para sí mismo. Sabía que, para tener éxito, debería planificar cuidadosamente su siembra y utilizar las matemáticas para dividir correctamente la tierra y asegurarse de que cada semilla tuviera suficiente espacio para crecer. Jack cogió la cinta métrica de su padre y midió cuidadosamente su parcela de tierra. *Luego, utilizando cálculos matemáticos, dividió la parcela en secciones iguales, para asegurarse de que cada porción de tierra fuera lo suficientemente grande como para acomodar un número determinado de semillas.* ¡Para que luego digan que las matemáticas no sirven para nada!





Después de esto, *Jack preparó el suelo adecuadamente antes de plantar las habichuelas: lo removió y fertilizó con el estiércol de su vaquita Candelera -su fiel compañera- y que había ido acumulando durante semanas, y así se aseguró de que tenía los nutrientes necesarios para que crecieran las semillas; tuvo también en cuenta que en esa parte de las tierras pudieran recibir suficiente luz solar y agua; y, además, el chico utilizó la técnica de cultivo en terrazas, ya que aquella era una zona montañosa y así aprovechaba al máximo el espacio disponible. Fue entonces cuando Jack comenzó a plantar las semillas de habichuelas en cada sección y se cercioró de que estuvieran enterradas a la profundidad adecuada.* Cuando terminó, se marchó a dormir como una marmota. A la mañana siguiente, Jack se despertó muy temprano, con todavía algo de sueño, frotándose los ojos y bostezando, pero dispuesto a vender a su vaquita Campanera, la envidia de toda la cordillera, y así contentar a su padre. Al sentarse en la cama, notó algo extraño, como un resplandor verde y una brisa fresca, que se colaban por la persiana entre bajada. Al subirla completamente, se encontró con una escena sorprendente: las habichuelas que plantó la noche anterior habían crecido hasta alcanzar el cielo.



Jack se quedó mirando la escena, boquiabierto, y maravillado ante el espectáculo de lo que parecía una escalera natural que subía hacia las nubes. *La gigante planta estaba formada por tallos finos pero resistentes, de un color verde intenso, y que se retorcián entre sí formando una especie de cuerda. Cada uno de ellos tenía una gran cantidad de hojas, de tres folíolos -o partes- ovaladas de color verde oscuro. En uno de los tallos había ramas, con pequeñas flores, en forma de campana y de varios colores: blanco, rosa y púrpura; en otras ya había vainas, donde se encontraban las semillas de las habichuelas, ricas en proteínas, carbohidratos y fibra.*



Con una sonrisa de asombro, Jack se vistió rápidamente y salió de casa. Todavía su padre no se había despertado, así que era el momento de aprovechar para inspeccionar aquello. Escaló sin miedo ninguno la escalera natural, subiendo por los troncos y las ramas hasta que, finalmente, llegó a la cima. Las vistas eran impresionantes: un paisaje de nubes y palacios se extendía ante él, como si de un nuevo mundo se tratara. Jack, emocionado ante la perspectiva de explorar, comenzó a caminar hasta llegar a lo que parecía un palacio del siglo XV, levantado sobre monumentales muros de piedra. Se sentía muy pequeño al lado de tan magnífica construcción. La decoración era muy detallada y lujosa, con adornos esculpidos en la piedra, mientras que azulejos y frescos decoraban los interiores. Sin embargo, la parte más preciada eran sus patios interiores y jardines, que solían utilizarse para fiestas, y como espacios de entretenimiento. ¡Seguro que en ese lujoso lugar habría alguna cosa que se pudiera llevar para poder vender en el mercado y conseguir un poco de dinero para su padre y para él! Aunque no iba a ser tan fácil, ya que, alrededor del palacio, había una serie de carteles que avisaban en letras mayúsculas: “OGRO EN EL PALACIO, SI ENTRA SERÁ DEVORADO”. Sin hacer caso a las señales, ‘Jackie’ se adentró sigilosamente, inspeccionando sala por sala, tratando de evitar ser detectado. Mientras se escondía tras una columna, Jack pudo ver con sus propios ojos al ogro. Este era una criatura enorme, con una altura que sobrepasaba los dos metros y medio, y una complexión musculosa y gruesa. Su piel, de un tono oscuro y grisáceo, parecido al granito, estaba cubierta de cicatrices; su cara era ancha y aplastada; y su gran boca estaba llena de dientes puntiagudos. Aun así, y pese a su aspecto, no parecía para nada temible.

El ogro se retiraba a una habitación contigua, dejando detrás otra llena de los más extraordinarios objetos. Era una estancia de gran valor, con joyas, tapices y candelabros de oro. Las paredes estaban cubiertas con sedas y terciopelos, y el suelo estaba hecho de mármol pulido que reflejaba la luz de las antorchas. En el centro de la habitación, sobre un pedestal de piedra, se encontraba un arpa: aquel instrumento de madera fina y brillante estaba adornado con detalles de oro y marfil. Jack se acercó a ella cautelosamente, sorprendido por su belleza.

Junto al pedestal del arpa se encontraba un corral lleno de gallinas de plumas doradas. El chico no entendía muy bien lo que estaba viendo, pero aquellas

gallinas eran especiales, ya que... ¡estaban poniendo huevos de oro en lugar de huevos comunes! Observó las gallinas con asombro, maravillándose ante la riqueza que podrían aportar a su familia tan solo una de ellas. Mientras Jack salía de la habitación, cogiendo una gallina de oro con sumo cuidado, de repente escuchó un fuerte rugido proveniente del otro extremo del palacio. Era el ogro, que había descubierto que alguien había entrado en su habitación más preciada. Con razón no iba a estar enfadado. Jack comenzó a correr en dirección a la salida del palacio, cuando escuchó el sonido de los pasos del ogro acercándose, cada vez más rápido. El chico corrió y corrió lo más rápido que pudo. ¡Ya veía la puerta principal! Justo en el momento en que pensó que escaparía, el monstruo apareció delante de la puerta principal, cortándole el paso, y lo acorraló. “¿Cómo te atreves a entrar en mi casa y robarme una gallina de oro?”, preguntó con voz amenazante. “Hace tiempo, ya otro jovencito similar a ti, un tal Juan, se llevó una de mis gallinas e incluso una de mis preciadas arpas. Yo solo quiero vivir tranquilo, centrarme en mis libros y vivir en paz. Por eso puse los carteles de fuera, para que nadie volviera a molestarme”.



Jack se sintió asustado, pero también avergonzado. Sabía que había hecho algo mal, aunque necesitara aquella gallina, entrando en una casa que no era la suya, robando... su padre no estaría muy orgulloso. Era el momento de hacer lo correcto y devolver la gallina al ogro. “Lo siento mucho”, dijo Jack con la cabeza agachada. “No debería haber entrado en su casa y robarle. Fue un acto egoísta e irrespetuoso, solo quería coger algo de valor para poder venderlo, ya que mi padre y yo nos hemos quedado sin dinero y no tenemos cómo pagar las deudas y la comida”.

El ogro se sorprendió ante la sinceridad de Jack. “Eres un joven honesto y valiente”, dijo el ogro. “Mereces una segunda oportunidad. Si me devuelves la gallina de oro, te dejaré marchar”. Jack asintió con la cabeza y se acercó a él. Con lágrimas en los ojos, colocó la gallina de oro en el suelo y la empujó hacia el ogro. “Aquí tienes”, dijo Jack. “Lo siento mucho por haber intentado robarle”. El monstruo recogió la gallina de oro y sonrió al chico. “Has hecho lo correcto”, dijo. “Eres un joven de corazón noble. Toma”, le dijo mientras introducía su mano en el bolsillo y sacaba uno de los huevos de oro. “Seguro que con esto tenéis para vivir un tiempo con tranquilidad”. La cara de Jack se iluminó mientras se le llenaban de lágrimas, esta vez de felicidad. “Muchas gracias, de verdad”, respondió agradeciendo el gran gesto del ogro. Ambos salieron del palacio camino a la gigante planta por la que había escalado nuestro protagonista, para que pudiera bajar de nuevo a su mundo. Antes de despedirse, el ogro le dio a Jack una última lección. “Recuerda, Jack, que cada acción tiene sus consecuencias”, dijo el ogro. “Puede que en este caso hayas tenido suerte, pero si continúas actuando de manera irrespetuosa, es muy probable que no tengas la misma fortuna la próxima vez”. Jack asintió con la cabeza y prometió recordar la lección del ogro. Agradeciendo su generosidad y sabiduría una vez más, se despidió de él y comenzó a descender por la planta, llevando consigo el huevo de oro.

Así, Jack llegó de nuevo a casa de su padre, donde le contó todo lo que había pasado y le mostró aquella pequeña joya que les permitiría sobrevivir los próximos meses. Ya más tranquilos, padre e hijo reflexionaron sobre la importancia de la honestidad, el respeto y la consideración hacia los demás, y prometieron vivir, en la medida de lo posible, de acuerdo a estos valores de ahora en adelante.